

BLANCO RODRÍGUEZ, Juan Andrés (ed.): *El asociacionismo en la emigración española a América*. Zamora: UNED-Zamora/Junta de Castilla y León, 2008.

Los movimientos migratorios hacia los países del primer mundo constituyen uno de los elementos que sirven para caracterizar el mundo actual y, en un futuro no muy lejano, parece que su incidencia se agravará como consecuencia de las importantes transformaciones que ya está empezando a ocasionar el cambio climático y que tendrán como consecuencia una disminución de los recursos disponibles en muchas zonas del planeta, especialmente en los países del África subsahariana, zona que ya hoy constituye uno de los principales viveros de inmigración.

La gravedad y profundidad de la crisis económica que padecemos, parece haber relegado a un segundo plano esta cuestión que, en años precedentes, constituía uno de los principales temas del debate político, mediático y social. Indudablemente, una de las consecuencias de la crisis ha sido, precisamente, reducir la intensidad de los flujos migratorios, sin embargo, no

cabe duda que a medida que se vaya saliendo de la recesión económica esta cuestión resurgirá con fuerza. De hecho, ni siquiera ahora está totalmente ausente, así, es suficiente con un vistazo a los medios de comunicación para encontrar constantes referencias a esta problemática: brotes xenófobos en Italia, pateras que continúan llegando, actitudes de autoridades públicas en España que también rozan la xenofobia, cuestionamiento de las leyes de extranjería, etc.

Pero algo que muy pocas veces se dice es que en el presente la población se mueve menos que en el pasado. Antes de la Primera Guerra Mundial, aproximadamente un 15% de los habitantes del planeta vivía fuera de los países en los que habían nacido, cuando las cifras de población total y el número de entidades estatales eran significativamente menores que hoy en día; entre 1850 y 1930 se calcula que en torno a unos 50 millones de europeos se desplazaron en dirección a América y, en menor medida, Asia y África. Podríamos aportar más cifras o desglosar las anteriores, con más detalle, pero basta con señalar que en la actualidad poco más del 3% de la población del planeta vive en países distintos a aquellos en los que han nacido, si bien es cierto, ese porcentaje representa unos 200 millones de personas.

Es precisamente esta comparación con el pasado lo que nos puede ayudar a comprender el fenómeno en el presente, porque no hay que olvidar que las migraciones han sido una constante histórica en todas las épocas y han tenido lugar por las más variadas razones, tanto de carácter individual como colectivo. Y es en esta línea, de análisis histórico que sirva de base para comprender el mundo en el que nos ha tocado vivir, donde cabe encontrar la principal aportación del libro editado por el profesor Juan Andrés Blanco Rodríguez.

Todavía a finales del siglo XX era mayor el número de españoles que residían en el extranjero (sin contar los descendientes

de emigrantes que tienen doble nacionalidad) que el de extranjeros residentes en España, y es que nuestro país ha sido tradicionalmente exportador masivo de población y solo en la década de los años noventa se transforma en receptor neto. Ahora que está de moda la cuestión de la memoria, no está de más acercarse a la historia/memoria de uno de los aspectos más importantes de nuestra historia contemporánea como es el fenómeno migratorio, recordemos que durante este período unos seis millones de españoles emigraron, fundamentalmente a América, de los que regresarían aproximadamente la mitad, si bien, en muchos casos, únicamente para acabar aquí sus días. Se trata, no cabe duda, de una parte de nuestro pasado esencial para entendernos a nosotros mismos que, en aquellas regiones más afectadas (caso de Canarias, Galicia, Asturias, Cantabria y el País Vasco) deviene fundamental. En Galicia, por ejemplo, resulta imposible comprender el proceso de formación de una identidad gallega sin tener presente la aportación de la emigración y, de manera especial, de los centros asociativos creados en América que son, precisamente, de los que se ocupa la obra que comentamos.

Serán, como señala Germán Rueda, varios miles las sociedades españolas que se crean a lo largo de los siglos XIX y XX, contabilizándose, en 1929 unas 1.200, de ellas más de seiscientas estaban en Argentina y otras 250 en Cuba, les seguían, ya a distancia, Estados Unidos con 60, Brasil con 50 y Uruguay con 40. En Buenos Aires, entre 1890 y 1905 uno de cada cuatro españoles pertenecía a algún tipo de asociación y en el año 1914 las 250 existentes en Argentina daban cabida a 110.000 emigrantes. En Cuba, una sola asociación, la de Dependientes, creada en 1880 y que en su primer año apenas cuenta con 667 socios, en 1955 llegará a los 74.478; unos años antes, en 1950, el número de emigrantes afiliados a algún

tipo de sociedad española en la isla llegaba a la espectacular cifra de 500.000.

Las anteriores cifras justifican por sí solas un pormenorizado estudio de estos espacios de sociabilidad, pero, como indica el propio Juan Andrés Blanco son también y sobre todo uno de los elementos más importantes de su acción colectiva. De hecho, son estas asociaciones, que se pueden entender como «memoria institucional» de la emigración, las que han permitido en muchos casos hacer visibles a estos emigrantes que, de otro modo habrían permanecido en el anonimato. Pero en las asociaciones también se concreta la memoria colectiva de la emigración y son, además un espacio en el que se generan tensiones identitarias y aquellas derivadas del desarraigo. Para el autor, estas asociaciones son un elemento fundamental para reconstruir la memoria de la emigración, una memoria descuidada en algunas regiones y una tarea que hay que realizar cuanto antes ya que estos espacios de sociabilidad están progresivamente desapareciendo o se transforman radicalmente a medida que van desapareciendo los emigrantes nacidos en España y que las modificaciones en la organización territorial de nuestro país determinan la aparición de nuevas asociaciones.

La falta de atención por parte de la historiografía española y de buena parte de los países latinoamericanos al estudio y análisis del asociacionismo y de estos espacios de sociabilidad, es el hueco que viene a llenar la presente obra. Para ello se estructura en dos apartados:

Los tres primeros capítulos se pueden considerar como la fundamentación teórica de todo el trabajo y sirven de marco para los estudios detallados que vienen a continuación. Juan Andrés Blanco analiza diversos aspectos que presenta el asociacionismo en la emigración española a América: la significación del asociacionismo, como espacios fundamentales para la integración pero que, al mismo tiempo, recrean las identidades de los inmigrantes;

las causas de su creación, muy variadas y que responden a muchos motivos, pero destaca inicialmente su papel aportando servicios que no cubre el Estado, solidaridad, altruismo... que juegan un papel importante en la integración, pero también en la identidad; la sociabilidad y la identidad como elementos clave en estos espacios que se crean precisamente a medida que los inmigrantes van definiendo un «nosotros»; el papel que juegan las asociaciones en adaptación e integración en el nuevo país; o las tipologías que presentan las asociaciones, muy variadas, respondiendo a las diversas motivaciones que están detrás de su constitución.

Germán Rueda analiza los mecanismos, el proceso de integración de los emigrantes españoles en los nuevos países: llama la atención sobre los distintos elementos que ayudan al recién llegado en el proceso de adaptación, asimilación e integración, entre los que destaca las relaciones laborales, la asociación por zonas o países de procedencia o la familia. También la actitud de las autoridades de los países receptores, variable en el tiempo o en función de las circunstancias económicas, será importante en este proceso; frente a lo que pudiera parecer, Rueda llama la atención sobre el hecho de que la proximidad al grupo de acogida (cultural, étnica, lingüística, etc.) no es el factor determinante a la hora de la asimilación: el factor económico juega un papel fundamental, y así las diferencias quedan compensadas si existen mayores oportunidades; el matrimonio y la enseñanza son dos buenos índices de asimilación, en la primera generación era más habitual casarse con personas de la propia región o con españoles de otras regiones que conocían en América, endogamia que se hace extensiva a la segunda generación pese a estar plenamente integrada en el país de acogida.

Moisés Llordén analiza el proceso formativo y las manifestaciones más importantes y destacadas del asociacio-

nismo de los emigrantes españoles. Llama la atención sobre el origen temprano de este proceso, que se puede remontar hasta el siglo XVI con las «cofradías» creadas por emigrantes vascos. Hace un recorrido por la variada tipología de asociaciones que se crean a partir de mediados del siglo XIX, con la aparición de entidades destinadas a solucionar los principales problemas con que se encontraban los inmigrantes, que se pueden resumir en uno: la consciencia de inseguridad en un medio diferente y las consecuencias que de ello se derivaban. Las primeras asociaciones serán fundamentalmente de beneficencia, en ocasiones promovidas por algunos emigrantes que habían hecho fortuna; junto a ellas pronto surgen las «Asociaciones Españolas de Socorros Mutuos», la mayor parte únicamente estarán en condiciones de atender a las necesidades más básicas de sus asociados pero otras a medida que se incrementa su base social acabarán por extender sus servicios de protección prácticamente a todas las contingencias, y que, en muchos casos, se pueden considerar como precursoras de los sistemas públicos de seguridad social; serán este tipo de sociedades las que propicien la expansión del asociacionismo español con la llegada masiva de emigrantes en la segunda mitad del siglo XIX. A partir de aquí el asociacionismo se diversifica, con la aparición de las sociedades de instrucción y recreo, los casinos, círculos y clubs; los centros regionales; las sociedades comarcales y de protección al lugar de origen; y otras formas de asociación: deportivas, profesionales, culturales, confesionales y políticas, etc.

En la segunda parte del libro se pasa de los análisis generales a estudios monográficos y en detalle, constituyéndose como un amplio conjunto de trabajos que abordan la cuestión desde tres puntos de vista que tienen en común la utilización de criterios territoriales o geográficos.

Así, seis capítulos toman como referencia el lugar de origen y analizan las formas asociativas que van a desarrollar los

naturales de estas zonas diferentes países de América: canarios (Manuel Hernández), vascos (Josu Chueca), catalanes (Silvina Jensen), asturianos (Moisés Llordén), gallegos (Marcelino X. Fernández), castellano-leoneses (Juan Andrés Blanco); en general, en estos trabajos, con un planteamiento cronológico, se hace un repaso de las diversas tipologías de asociaciones que crean los emigrantes (desde asociaciones de seguros mutuos hasta centros regionales o de ayuda al lugar de origen), su desarrollo en el tiempo y su incidencia en las principales zonas de destino de la emigración española en algunos casos analizando esta presencia en el país en su conjunto (Cuba, Argentina, Uruguay, Venezuela, etc.), en otros centrándose especialmente en las asociaciones radicadas en las ciudades más importantes (La Haba, Buenos Aires, México, etc.). Sin embargo, en el caso de los estudios sobre la emigración vasca y catalana, a las anteriores cuestiones se superpone el análisis de los referentes culturales e identitarios que tienen buena parte de estas asociaciones. Hay que destacar también que, en muchos casos, a modo de epílogo, se analiza la situación por la que atraviesan en la actualidad estos espacios de sociabilidad. Como se puede ver, estos trabajos cubren la práctica totalidad de la zona que mayor peso tendría en la emigración española a América, con la única excepción de Cantabria.

Otros cinco capítulos aportan un enfoque diferente y analizan la cuestión desde el punto de vista de los países de acogida: Norteamérica (Germán Rueda), Brasil (Elda González), Uruguay (Carlos Zubillaga), Argentina (Alejandro Fernández), Chile (Luis Fernando del Río y José Fidel Sobrevilla), tomando como objeto de estudio la emigración española en su conjunto. Dos capítulos, completan el cuadro de los países de acogida, pero analizando únicamente una región de procedencia, Galicia, son los casos de Cuba (José Antonio Vidal) y Venezuela (Xosé Ramón Campos). En conjunto estos trabajos siguen un

mismo esquema, el análisis de los diferentes Centros y Asociaciones que se crean en aquellos países, en unos casos reduciendo dicho análisis a los que se consideran más importantes, en otros realizando un apretado ejercicio de síntesis para dar cabida a todas las formas de asociación. Si en todos los trabajos se presta atención a la cuantificación (de emigrantes, de asociaciones, de centros, etc.), hay que destacar también otras aportaciones que hacen referencia, por ejemplo, a los caracteres finalidades y de estas asociaciones o al peso y papel que juega la comunidad de emigrantes en el país de acogida.

Completan esta segunda parte del libro dos capítulos que no encajan en la doble tipología que hemos señalado en los párrafos anteriores por cuanto representan un nivel de análisis mucho más detallado al centrarse en el estudio de una sola ciudad. Es el caso de los capítulos que hacen referencia a México (Nélica V. Ordóñez) y Sao Paulo (Marília K. Cánovas). Lo que permite abordar otros temas que un análisis más amplio deja de lado, como es el caso de la prensa o la forma que adquiere la ideología de los grupos de emigrantes.

Para concluir, y como ya queda apuntado, el libro viene a llenar una importante laguna en la historiografía contemporánea española: la falta de atención al asociacionismo y a los espacios de sociabilidad creados por los emigrantes en América. Se podría decir también que es una aportación nada desdeñable a los estudios sobre sociabilidad que en nuestro país, después de gozar de una cierta popularidad en los años noventa del pasado siglo, han perdido fuerza desplazados por otros temas más mediáticos. Y, desde luego, no deja de ser una aportación importante para la comprensión del presente en el que vivimos, como señala Juan Andrés Blanco, el análisis de las instituciones surgidas durante las «migraciones históricas», la experiencia de los emigrantes españoles que dieron forma a muy diversas prácticas asociativas puede

ayudar a entender la problemática inmigratoria actual.

Domingo Rodríguez Teijeiro